

Aquí las noches se hacen largas

Monólogo basado en la novela homónima de Rodrigo Soto

Rodrigo Soto

Dramaturgo costarricense.

RECIBIDO: 22-11-07 • APROBADO 23-01-08

El pasillo de un hospital. Una puerta cerrada. Frente a ella, sentado en una destaralada silla, un Guardia Civil uniformado y con su arma de reglamento. El hombre ronda los cuarenta años.

Escena 1

EL CABO LÓPEZ

Ya sé que necesitan a alguien que haga el papel del malo en esto, pero ese no seré yo. No voy a darles gusto. ¿Qué culpa tengo de que me manden aquí a vigilar a ese desgraciado? ¿Qué tiene que hacer un policía en un hospital? Si por mí fuera, ese cabrón debería estar muerto... ¡Junten esa cochina! Tras de que son dañinos, a esos bichos hay que darles comida tres veces al día, traerlos al hospital y ponerles vigilancia veinticuatro horas... ¡Putá, ni que fueran el Presidente de la República! ¿Verdad? En lugar de castigo parece un premio. Por eso estamos como estamos: todo está al revés. Además esto debería tocarle a los guardias de Adaptación Social, no a la policía... Para eso están ellos: es su responsabilidad. Digo yo... ¿Verdad?

De culo, como el cangrejo: así vamos, ¿verdad? ¡Imagínense! Yo podría estar de guardia con un compañero en la Avenida Central, por ejemplo. Ahí hay más trabajo pero uno se entretiene más.

Camina uno así, con la jupa tiesa, viendo para el frente, pero en realidad va atisbando para todos lados, viendo cualquier movimiento sospechoso, a los "pintas" que se juntan en la Plaza de la Cultura o en el parque frente al Correo, en fin... Cualquier cosa rara que haya en el camino. Para eso lo entrenan a uno. Eso se llama la visión periférica. Es lo mismo que usan los futbolistas para ver a los compañeros. Ellos corren con la bola y al mismo tiempo tienen que ver a dónde se están moviendo los otros jugadores. El que es buenísimo en eso es López. Él está jugando la bola aquí y parece que tuviera ojos en la espalda, porque de pronto se vuelve y ¡pum!, la pone allá, al hueco, donde vienen corriendo Fonseca o Bryce... ¡Buena! Igual nosotros: caminamos así, bien tiesos, como si no estuviéramos viendo nada, pero en realidad vamos "ojo al Cristo", bien águilas, poniéndole cuidado a lo que pasa alrededor.

Volviendo al punto, yo no voy a ser el malo en esta vaina. Es la tercera vez que me mandan a cuidar a este bicho y ya me harté. Claro: a mi "Capi" no se lo puedo decir así, pero él sabe que

no me cuadra venir. Es que me siento ridículo. ¿Ya lo dije, verdad? En la comisaría hay compañeros que se mueren porque los manden aquí. Uno les ve la cara de envidia cuando les cuenta que lo mandaron para acá. Claro, ellos solo piensan en que no hay que meterse en las cantinas para atender pleitos de borrachos, ni capearse las pedradas en los operativos contra los pandillas de muchachos que alborotan en los barrios, y de seguro sueñan con las enfermeras que caminan precisadas con sus medias y vestidos blancos... Pero ni por aquí se les pasa lo ridículo que es quedarse ocho horas sentado en un banco, cuidando una puerta cerrada... Pero bueno, tampoco es para tanto... Después de todo aquí no la paso tan mal: las enfermeras me traen cafecito y, a veces, converso con los familiares de los pacientes.

¡Claro! De vez en cuándo hay que asomarse para ver que todo esté tranquilo, que el sujeto no haya intentado algo raro. ¿Pero qué va a intentar? Huir por la ventana es un sueño, porque estamos en el cuarto piso y la única salida es esta. ¡Así es que ni modo! Aquí nunca pasa nada.

Uno estira las piernas, se despereza un poco y vuelve al banco. La vez pasada me quedé dormido. ¡Putá, qué pena! Me tocó el turno de madrugada. ¡Esa carajada sí es triste! Así, sentado en el banco, fui clavando el pico. ¿Qué iba a hacer? Los pasillos se quedan casi vacíos, no hay nadie con quien hablar porque los familiares de los pacientes se han ido. Idiay, ni modo. Yo me pellizqué, me puse a caminar por aquí cerquita a ver si me espabilaba, me asomé al cuarto para ver si conversaba un rato con el tipo... ¡Pero qué va! El estaba bien dormido... ¡Manda güevo: él dormido y yo tenía que cuidarlo! Por eso digo que vamos de culo, que todo está al revés.

Me senté en el banco y me puse a recordar cosas bonitas, para ver si acaso así me mantenía despierto. Recordé una vez que fui a los Carnavales de Puntarenas con Pinita, mi primera mujer. ¡Estábamos bien chamacos! No sé... En esa época todo era

diferente o uno veía las cosas diferentes. La gente confiaba más, era más tranquila. Pina y yo acabábamos de casarnos y todavía no teníamos hijos. Para ser franco, yo estaba bien enamorado. ¿Qué hay de malo en eso? Nada, ¿verdad? Son cosas de juventud. En las noches íbamos a los bailes y de día nos bañábamos en el mar y comíamos granizados. Yo veía los barcos y pensaba que tal vez, algún día, me iría en uno de esos a correr mundo. ¡Qué cosas! ¿Verdad? Yo estaba ahí, recién casado, bien feliz y bien enamorado, y sin darme cuenta ya estaba anhelando más, pensando en otras cosas. Pero es la juventud. De muchacho uno lo quiere todo, ¿verdad? Y ya ven... El único barco al que me he trepado son las lanchas de remos de Ojo de Agua.

Pero no me quejo. Quejarse es un vicio. Al contrario: cuanto estoy aquí, en el hospital, con tanto tiempo para no hacer nada, me pongo a ver mi vida y me digo: "¡A la puta, Milton! La verdad, a vos no te ha ido tan mal... Ponete a pensar: fijate que tenés tu casita, tu señora, tus hijos. (De los dos matrimonios, porque después de Pina, me casé con mi señora de ahora.) Gracias a Dios tenés salud, que es lo principal, y tenés tu trabajo. ¿Entonces de qué te vas a quejar? No hay que ser malagradecido..." Así me digo.

El otro día leí en una revista que me encontré por ahí: "La salud no lo es todo, pero sin ella todo es nada..." Bonito, ¿verdad? Porque eso sí he pensado en estos días, aquí en el hospital. Para eso me ha servido. Aquí es donde uno de veras se da cuenta de que la salud es lo principal. ¿De qué le sirven a uno todos los millones del mundo si no tiene salud para disfrutarlos? ¡De nada! ¿Verdad? Por eso yo estoy tranquilo... Ahí vamos, tirando para adelante. Como decía mi mamá, que en paz descanse: "Todo buchón, muere pelón." No hay que jugar de vivo. ¿Para qué aturugarse? Y no crean: ¡En esta chamba a uno le toca ver cada cosa! A veces, en un operativo se decomisan, pongamos por caso, cien kilos de droga, así, contaditos... Pero a los días uno

lee en los periódicos: "Decomisan cincuenta kilos de coca." "Idiay, ¿cómo es eso?", se dice uno. "¿Y el resto, a dónde fue a parar?" ¡Imagínense! Allá, al tiempo, venimos a enterarnos de que el teniente tal se hizo de una finca en Guápiles, o que el coronel tal renunció y puso una venta de carritos usados... ¿Entonces? ¿En qué quedamos? Eso sí: uno calladito, ¿verdad? ¿Para qué meterse en enredos? Allá cada quién con su conciencia, ¿verdad?

Una vez leí en una revista que la firma de uno refleja su personalidad. Yo digo que ha de ser cierto, porque la mía es como una enredadera. Desde carajillo me gustó así: escribo "Milton López Bermúdez" clarito, y después me guindo de la cola de la "z" y empiezo a hacer garabatos por arriba y por abajo, hasta que aquello parece una telaraña. Mejor así, porque nadie me la puede falsificar. De chamaco, yo le falsifiqué dos veces la firma de mi tata. Para las notas de la escuela nada más, ¿verdad? Y con la venia de mamá. Es que mi tata era bueno para el chilillo, por nada nos arriaba, y a mi mamá le daba lástima y a veces nos alcahuateaba.

No les salió tan mal la cosa, porque de los seis hermanos, todos salimos gente de bien, ¿verdad? Al menos nadie ha tenido problemas con la ley, y lo que soy yo, hasta de policía terminé. ¿Por qué les estaba diciendo esto? ¡Ah, ya! Por la firma, ¿verdad?

Les contaba que una vez leí que la firma refleja la personalidad de uno, porque hace rato estaba contándoles de la vez que me dormí... Bueno, la cosa es que sin saber cómo terminé hablándoles de Pina, mi primera mujer, y de la vez que fuimos a Puntarenas y de lo que pensé viendo los barcos que se iban y tantas cosas más... Pero la vida es así. Hay que jinetearla sin hacer muchos mates, sin mucho aleteo, tomándola como viene, ¿verdad? Y tarde o temprano llegamos al punto. Además, aquí las noches se hacen largas, y es mejor pasarlas así, conversando con alguien, ¿verdad?

Apagón

Escena 2

Decorado e iluminación idénticos.

EL CABO LÓPEZ

Ya parezco Tres Patines; ya voy a tener que decir "¡Aquí como todos los días!", como decía él cuando el señor Juez lo citaba al juzgado. "José Candelario Tres Patines", llamaba a gritos el Secretario, y Tres Patines entraba diciendo: "¡Aquí como todos los días!" A ver cuando se termina de curar el bichito ese para que lo manden de vuelta a La Reforma, ¿verdad? Ya va siendo hora, digo yo. Porque si no me equivoco, ya va para seis días de estar aquí. ¡Imagínense! Seis días de tirársela rico, durmiendo en buena cama y con sábanas limpias, mientras uno sufre aquí afuera malas noches y desvelos. ¡Qué barbaridad! ¡Qué injusticia! ¿Verdad? Pero lo que soy yo, entendí hace mucho que la justicia no es cosa de este mundo, sino, con suerte, del otro... Y conste: digo "con suerte", porque no sabemos cómo está el asunto del otro lado, en el otro patio... ¿Quién quita un quite y allá las cosas están peor que aquí? Eso nadie nos lo puede probar. ¡Nadie! Ni siquiera los curas, ni Monseñor ni nadie.

Pongamos por caso al roquillo ese, que se está palmando en ese otro cuarto de allá... ¿Qué sabemos de él? ¡Nada! No sabemos si fue una buena persona o una mala persona; si fue feliz o infeliz, en fin... Pero vamos a suponer que fue una buena persona; digamos que fue una persona normal, que la pulseó, vio por sus hijos, trató de no joder a nadie. ¿Y qué? Mírenlo ahí, hecho leña, muriéndose sin nadie que lo acompañe. En cambio el bichito este, que es de los que no saca pelo sin sangre y no ha hecho otra cosa que ver a quién írsele arriba, ahí está muerto de risa, recuperándose de la operación como si nada. ¡Y no de cualquier operación!

Según leí en la Extra, cuando lo encontraron en los baños de La Reforma llevaba rato tirado en el

baño y ya estaba casi desangrado. Al principio creyeron lo habían apuñalado, pensaron que era una venganza o un pleito entre pandillas, pero al rato encontraron la lata en el suelo y se dieron cuenta de que él solito se había rajado. Como quien dice, un *hara-kiri*, como los chinitos o los japoneses que agarraban una espada y ¡tan!, se la clavaban en la panza. Hay que estar loco, hay que estar mal de la jupa, jodido del techo, ¿verdad?, para hacer algo así, porque no es cualquiera el que aguanta eso... Por eso el titular de la Extra era: "*Trató de hacerse el hara-kiri pero falló*" Idiay, salado... Y salado yo, que aquí estoy penando por eso.

¡Ah! Pues volviendo al punto, resulta que el bichito este no se muere, y más bien se lo traen al hospital y lo cuidan y lo atienden, y a la semana ya está pura vida, listo para salir, mientras el otro señor, que en la de menos ha sido una buena persona y no le ha hecho daño a nadie, está jodido y —como quien dice—, contando las horas... ¿Entonces en qué quedamos? ¿No debería ser todo al revés? Por eso digo que si hay justicia, ha de ser en el otro barrio, porque en este, nada que ver...

Ese Tres Patines sí que era un caso. Me gustaban sobre todo los programas de radio; después, cuando lo vi en tele, no me gustó tanto. Todavía lo transmiten, y eso que los actores ya palmaron. La otra expresión que decía mucho Tres Patines es: "¡A las rejas!", pero la pronunciaba así, a la cubana, cada vez que el Juez lo mandaba a prisión: "¡A la reja, chico!" "Secretario: tome nota que voy a dictar sentencia..."

"A la reja" es a donde deberían mandar a ese carajo, ¿verdad?

Pero no voy a amargarme. Lo que hay que hacer es tomarse las cosas con filosofía, tratar de encontrarle el lado bueno y pensar que, en la de menos, estar aquí no es tan malo. Hay que ser positivo, ¿verdad? Y decirse que si uno está aquí es por algo; que en la de menos, si estuviera en otro lado, estaría peor. ¿Quién quita? ¿Quién quita que

si hoy me hubieran mandado a la calle, no me hubiera tocado atender un asalto y me hubieran pegado un tiro...? Por eso digo que hay que ser positivo, ¿verdad? Buscarle el lado bueno a las cosas, aunque a veces nos cueste encontrarlo.

Eso lo saqué de mi mamá. Ella siempre fue echada para adelante, siempre trató de ver el lado positivo de las situaciones y de la gente. Lo opuesto de mi tata. Qué curioso, ¿verdad? Es cierto que el mismo vaso unos lo ven "medio lleno" y otros "medio vacío". Así es todo en esta vida. Como dice el otro refrán: "Todo depende del cristal con que se mire". Así es, ¿verdad? Todo está en uno.

Perdón que hoy me dio por filosofar. Yo soy así, conversador, y si me dan cuerda no hay quien me pare. A veces, después del brete, llego a la casa y me encuentro con la doña, que también viene llegando del trabajo. Y ya nos ponemos a platicar mientras ella cocina, y nos dan las diez y las once de la noche en esa habladera. ¿De qué hablamos? ¡De todo y de nada! De lo que hicimos en el día, de lo que pasó en la escuela donde ella trabaja (es cocinera del comedor escolar), de lo que dijeron las compañeras de ella o de algún problema que haya en el barrio. Yo también le cuento mis cosas: que me mandaron a tal lugar, que pasó tal situación. Y sin darnos cuenta se nos pasan las horas. A veces llegan los chamacos y si están de humor se quedan un rato con nosotros, pero si prefieren ver televisión, no hay problema, no los obligamos...

Eso sí, los domingos que tengo libres, la tele es para mí. Me aplancho y cuesta que me levante: agarro y me pongo a ver cuanto partido de fut pasan por tele. Soy bastante fiebre; liguista, por supuesto. Pero no soy de ir al estadio, eso no. Me gusta quedarme en la casa, tranquilo, tomándome mis birritas. Me tomo mis frías, tranquilo, con la doña, que a veces me acompaña con una o dos cervecitas. Ella es bien "chineadora" y me trae boquitas de frijol molido, galletitas de soda con atún, pejibayes con mayonesa...

Allá, de vez en cuándo, hacemos un paseíto. A veces vamos a La Sabana y no pasa un verano sin que vayamos una o dos veces a Ojo de Agua. Ahí nos la tiramos rico. Yo alquilo una lancha con los güilas y me pongo a remar. Entonces me acuerdo que de muchacho alguna vez pensé en embarcarme para ir a ver mundo. Idiay, no se me hizo. Ni modo, ¿verdad? Lo más lejos que llegué es a Panamá.

Fui con Pina, mi primera mujer, como dos o tres veces, hace bastantes años. Ibamos a comprar cositas que traíamos para vender aquí. La encargada era ella, que resultó bastante buena "polaqueando". Se la jugaba bien. Nos íbamos en bus y traíamos ropa, perfumes, joyería... Lo jodido es que había que meterlo todo de contrabando... ¡Qué va! Yo siempre he sido nervioso, y esa angustia de si irán a agarrarnos, no se la deseo a nadie. No sirvo para eso. Cada quien en lo suyo, ¿verdad? ¡Y quién lo diría! Ahora me toca estar de este lado, del de la policía, viendo a ver si pesco a alguien en algún volado raro.

La vida da vueltas. Eso es lo bonito que tiene. Sería horrible si desde chamaco uno supiera todo lo que va a pasar, ¿verdad? Sería feo, digo yo, si no hubiera sorpresas. Claro: hay sorpresas buenas y malas, y uno quisiera que solo hubiera de las buenas. ¡Pero qué va! La vida no es así. Tiene que haber de todo un poco para que las cosas vayan parejitas y se dé un balance. Tiene que haber gente que vea el vaso medio lleno y gente que lo vea medio vacío, porque si solo hubiera de un tipo, entonces sí nos llevaría candanga. Digo yo, ¿verdad?

A mí, por ejemplo, ni por aquí se me pasó que iba a trabajar de policía. Si ahora estoy aquí es porque un día un vecino nos contó que estaban buscando gente así y asá, que no tuviera antecedentes. De esto hace como cuatro años. Gracias a Dios yo nunca he tenido problemas con la ley; consulté con la doña y ella estuvo de acuerdo en que me metiera. En esa época yo trabajaba en soldadura con un primillo mío, pero tenía que pegarme unas grandes matadas y había resuelto que apenas pudiera me

buscaba otra cosa. Así es que aquí estoy... El que quiere, puede, ¿verdad? Hay que ser positivo.

Eso es lo que yo trato de transmitirle a mis hijos, especialmente a Heiner, el del medio, que el más perezocillo. "Despabílese, pellízquese", le digo, "porque en esta vida nadie le regala nada a uno, y el que menos corre, vuela... Así es que poniéndole, poniéndole, papito, no se me quede dormido..." A veces me toca hablarle más duro; eso sí, no soy de darles con chilillo, como nos daba mi tata a nosotros. No sé... No tengo corazón para eso, no me sale. La que a veces les da es la doña. Ni modo; prefiero que lo haga ella, yo no puedo.

Con la doña tenemos tres: está Heiner, el del medio, que es medio perezocillo; está Karol, la mayor, que es una muchachita muy avispada, muy pilas. Con decirles que no ha terminado el colegio y ya está llevando clases de inglés y de computación. Así tiene que ser. Hay que ir un paso adelante, porque el que menos corre vuela... ¿verdad? Yo le digo a Heiner que aprenda de su hermana, que agarre volados... ¡Pero él, qué va! Parece que tiene la cabeza puesta en otras cosas, no sé en qué... Bueno, y está Leidi, la menor, que este año termina la escuela. Esa es tranquila, calladita, muy buena.

Antes, con Pina, tuve dos: Francisco y Raquel. Ellos deben estar ya grandes, muchachones, como de veintidós y veintitrés. Lo que pasa es que desde hace años no sé nada de ellos. Lo único que a Pina le interesa es la plata de la pensión, y en eso no he fallado, ¿verdad? Como decía mi tata: "Si fue hombrecito para hacerlos, sea hombrecito para apechugar con sus responsabilidades..." Y en eso no he fallado, cada fin de mes le deposito a Pina la plata en el Banco. Idiay, ¿qué me queda, verdad? Por eso digo que he visto por ellos, aunque así, verlos, saber qué están haciendo, cómo les va, pues la verdad es que no ha sido posible. Primero Pina no quería que los viera; después cambió de opinión pero en esa época yo andaba muy enredado levantando la casita con la doña; después, cuando quise

verlos, fueron ellos los que se quitaron... La vida es así, rara, ¿verdad? Pero Dios sabe por qué hace las cosas... En todo caso yo tengo la tranquilidad de no haberles fallado porque en ningún momento dejé de depositarle a Pina la platita en el Banco, ni siquiera en los años más jodidos, cuando la doña estaba recién parida y no podía trabajar, y nos habíamos enjaranado para construir la casita... ¡Eso sí era triste! Pero ya le digo: ni siquiera en esos días fallé con la pensión. Porque como decía mi tata: si uno fue hombrecito para hacerlos, hay que ser hombre para asumir las responsabilidades, ¿verdad?

Timbra el teléfono celular del CABO LÓPEZ. Él lo saca de la bolsa de su chamarra y responde.

CABO LÓPEZ

¿Sí? No, equivocado. Bueno, no se preocupe... Cuelga. ¿De qué estábamos hablando? ¡Ya ni sé! Es que a mí cuando me da la habladera no hay quien me pare.

Apagón

Escena 3

Mismo decorado. Las luces se encienden y el CABO LÓPEZ permanece silencioso, grave, sentado en su silla.

EL CABO LÓPEZ

Hay días así, ¿verdad? En que uno quisiera no tener que hablar con nadie. O mejor dicho, uno no quisiera ver a nadie. Días –¿cómo decirlo?– en que uno preferiría estar en otra parte, en un lugar donde nadie lo viera para poder gritar, patear las paredes, mentarle la madre a media humanidad... Como quien dice, arrancarse de este mundo para otra parte... Pero no hay otra parte, ¿verdad? Una vez que estamos aquí hay que jinetear la burra hasta patear el balde... *Pausa larga.* El que pateó el balde temprano fue el roquito de allá, de aquel cuarto.

¡Por fin...! ¡Cómo le costó! Fueron días de estar pulseándola...

No había forma de que se fuera. Las enfermeras dicen que hay gente que se aferra así y que es peor, porque al final lo único que logran es hacerlo todo más difícil... La pelona de todas formas llega... Claro, no es lo mismo verla venir que bailar con ella, ¿verdad? ¡Quién sabe cómo va a jugársela uno a la hora de los guamazos! Es muy fácil hablar paja... *Pausa.* Parece que antes de palmarse el roquito estuvo llamando a alguien. Las enfermeras creen que son los hijos. Seguramente, ¿verdad? Pero bueno... Lo cierto es que nadie llegó... Nadie. Solito, como un perro, tuvo que morirse.

Al menos en el cuarto había otra gente que le decía cosas, como ayudándole a soltarse. ¡Pero qué va! El hombre no paró de llamar y llamar hasta que se... acabó... Se... En fin... *Pausa.*

Pero no, no es eso lo que me tiene malo. Total, todos vamos para el hueco. Es otra vara...

Pausa larga.

Idiay, según dicen los doctores y las enfermeras, el bichito ese se complicó... No sé, una infección, algo no salió bien en la operación y en resumidas cuentas está, como quien dice, en veremos... Si todo sale bien pueden ser ocho o diez días más de internamiento, pero yo los veo como dudosos, de eso que de viaje se ve que no quieren decir mucho para que luego nadie les reclame...

¡Ocho días más! ¿Se imaginan? Aquí nos vamos a morir todos... O nos morimos de frío o nos morimos de aburrimiento, ¿verdad? Bueno, al menos nos acompañamos un poquito... Lo más jodido son las madrugadas, porque aquí las noches se hacen largas.

Por dicha ayer me tocó el turno de la tarde. Estuve hablando un poco con una gente que venía de largo, por allá por la frontera con Panamá, porque les operaron a la mama. Después entré un rato al cuarto para ver al bichito este y conversar con él. Es prohibido, pero la verdad, aquí nadie me ve... Idiay, sí... Ahí estuvimos hablando... Es un chamaco, un muchachillo como cualquiera, de allá, del lado

de Limón... De Cieneguita, dice. Tiene solo veintiún años. ¿Se imaginan? ¡Veintiún años! La misma edad que Francisco, mi hijo mayor, el que tuve con Pinita, o hasta menor, creo... ¿Cómo puede alguien pasearse en su vida tan rápido? Me contó que de güila anduvo rodando por medio país; que el tata los dejó, que la mama se metió con otros hombres y terminaron siendo una marimba... ¡Bueno, unas historias! Que pasaron hambres, que una hermanilla se les murió... Ya se imaginan. Al principio pensé que me contaba todo eso para que me diera lástima, pero qué va... Cuando uno la está viendo fea no piensa en esas varas, ¿verdad? Y el chamaco está bien jodido... Por momentos le subía la calentura y se perdía, le costaba hablar. De hecho, una enfermera entró para trapearme. Me sacó, me dijo que tenía que dejarlo solo porque está débil y necesita agarrar fuerzas... Yo salí... Pero no sé... Varias veces me asomé para ver cómo seguía. Y anoche no dormí bien. Esta mañana la doña me preguntó qué me pasaba y no supe decirle.

Es que uno se pone a pensar: En la calle andan un montón de bichos que por mil pesos se arrancan a cualquiera. No les importa nada. Aunque uno se quede quedito y no haga ni medio mate, si pueden joderte, te joden... Como que les gustara, como que agarraron cierto gusto por eso. ¡Malos bichos! ¡Dios guarde cruzarse uno en su camino! Idiay, para no ir más lejos, este chamaco ya carga con dos a la espalda. Según la Extra, al primero se lo tronó cuando era menor de edad; a la otra, una mujer, hace como dos años... ¡Imagínense! Yo siempre he dicho que a un chavalito así hay que pasarlo por las armas, ¿verdad? Uno entiende a la gente que dice que deberíamos de volver a la pena de muerte, y todas esas varas.

Pero no sé... Una vez que ya uno lo conoció y habló un rato con él, ya no es lo mismo. ¡Qué va! *Pausa.* ¡Manda güevo que Pina se haya conformado todos estos años con la plata, sin darme nunca razón de ellos! Porque ni una palabra, ni

una explicación, ni un: "El muchacho va así" o "La muchacha va así..." ¡Nada! ¡Manda güevo! Y eso que yo he asumido siempre mi responsabilidad y nunca le fallo con la pensión, ¿verdad? Otra cosa sería si me hubiera hecho el loco, como tanta gente. Las pocas veces que Pina me ha telefoneado, fue porque me atrasé para depositarle. Dos, tres días, nunca más que eso. Apenas suena el teléfono sé que es ella. Ni la dejo que hable: "Ya sé, mami-ta, ya sé que estoy atrasado, pero viera que tuve un contratiempo. Deme un par de días y verá como no le fallo..." Y nunca le he fallado.

¿Qué estaba diciendo? No sé ni dónde tengo la cabeza... Recuerda. ¡Ah bueno! No, sí, que la gente dice que la pena de muerte y todo eso. No sé... Mi tata, por ejemplo, nos crió a nosotros así, socaditos, socaditos... Hasta se le iba la mano, creo yo. Por cualquier cosa nos arriaba con el chilillo. Él no era de andarse con varas; si algo no le parecía bien, de una vez venía el riendazo. Yo supe lo que era eso, muchas veces sufrir injusticias. Mi mama también tenía que quedarse calladita, porque si no, también podía salir premiada. Él no era de agarrarnos a golpes por nada, pero cuando se tomaba unos traguitos había que andar con cuidado, porque facilito se le metía el agua y perdía el control. Mis hermanos mayores no aguantaron y terminaron jalándose de la casa. Cada quién hizo su camino. Hubo dos que se perdieron del mapa y no volvimos a saber de ellos hasta que murió papá. Ahí llegaron donde mi mama. ¡Pobrecita, cómo sufrió! ¿Por qué estaba hablando de esto? ¡Ya ni sé!

¡Ah, sí! Por eso con mis hijos yo tomé totalmente otro camino, ¿verdad? No voy a negar que un par de veces me tocó darles una tundeada, pero la verdad fueron poquitas veces. Recuerdo que una vez Heiner se metió en un enredo con unos vecinos. No sé por qué agarró con otros chiquillos del barrio el tequio de que necesitaban plata para comprarse un "Pley Esteishon," y lo único que se les ocurrió fue matonear a unos vecinillos pidiéndoles plata todas

las semanas. Tamaño poco de plata les sacaron con amenazas, hasta que los tatas se dieron cuenta y nos pusieron la queja. ¡Todavía se acuerda de la que le di, ese muchacho! Es que hay cosas que no, ¿verdad?, cosas que definitivamente sí no... Pero han sido pocas veces. La doña sí tiene la mano más ligera y de vez en cuándo les da sus sopapeadas, especialmente a Heiner que es medio vagabundillo, pero la cosa tiene que ser con medida, ¿verdad?, porque si no más bien aquello se le vuelve a uno en contra, ¿verdad?, como le pasó a mi tata con los mayores de nosotros, que un buen día se jalieron de la casa y no volvimos a saber de ellos hasta que mi tata la palmó... Por cierto que ahora que estaba hablando del roquito que murió allá, me acordé de mi tata... Yo no estuve cuando murió él –no estuve en el puro momento; las que estaban ahí eran mis hermanas–, pero al final, cuando ya casi no le quedaban fuerzas, al parecer dijo unos nombres, y Mayela, la menor, porfía que eran los nombres de ellos, de mis hermanos. No sé. Puede ser. Otra hermana dice más bien que eran los nombres del papá de él, de mis abuelos. También puede ser. Porque según parece cuando uno se muere ve a todos los que se murieron antes que uno, ¿verdad? A los papás y a los abuelos y a los tíos y a toda la gente que se murió antes, ¿verdad? Entonces podría ser. Pero también podía ser que llamara a mis hermanos, como dicen que le pasó al roquito de allá. ¿Qué estoy diciendo? ¡Ya ni sé! Mejor voy a ver si me hecho un sueño, porque ¡qué va! Aquí las noches se hacen largas... ¿Verdad?

Apagón

Escena 4

Mismo decorado.

EL CABO LÓPEZ

¿Cómo dice el refrán? "Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña..." ¿Verdad?

Pues sí, de a por derecho. Yo no soy de andarme por las ramas. La verdad es que esa carajada de Pina me tenía malo. Lo que pasa es que han pasado tantos años que no era fácil encontrar la forma de entrarle. Idiay, ni modo, tuve que armarme de coraje. O de humildad. O de las dos cosas, porque hay veces que el mayor coraje es ser humilde, ¿verdad? Así me lo dijo la otra vez un taxista. Era un pandereta, llevaba prendido el radio y un predicador no paraba de hablar, pero la verdad es que el chavalito tenía sus ideas, porque estábamos hablando de eso, del valor, de ser valiente, y de un pronto a otro me salió con esa vara de que a veces el mayor coraje es ser humilde. ¡Me quedé frío! Puta, nunca lo había pensado. De a por derecho que sí, ¿verdad?

Pues ni modo: esta mañana, después de que la doña se fue, cuando no había nadie en la casa, me animé a llamar a Pina al número que tengo por ahí apuntado para avisarle cuando le deposito. Pensé que tal vez me iba a salir Francisco o Raquel y entonces la cosa se me ponía más fácil porque de una vez me presentaba y hablaba con ellos, pero nadie contestó. Durante la mañana llamé varias veces pero no hubo forma. Allá, como a la una y media, casi las dos, cuando ya tenía que alistarme para ir a la Comisaría, hice un último intento y por dicha me salió Pina. ¡Extrañadísima! ¿Que qué era eso? ¿Que qué mosca me había picado? ¿Que qué quería? Que la dejara en paz... ¡Es que es bien arrancada! Siempre fue así. Al final de cuentas por eso nos dejamos, porque la verdad, para andarle aguantando los malos modos y los malos humores, yo preferí quedarme solo. Esa es la pura verdad. Ya, cuando logré tranquilizarla, a como pude le expliqué que solo quería saber cómo estaban los muchachos –Francisco y Raquel; le dije así, llamándolos por su nombre–, pero lo que me gané fue una semerenda madre... Que a buena hora se me ocurría venir a preguntar por ellos, que acaso ella era mandadera de nadie, que si nunca me había interesado porque ahora se me metía el agua... Estaba a punto de tirarle el teléfono cuando ella se

me adelantó... Me quedé un buen rato así, con el teléfono timbrando en la mano... (Eso que uno oye los timbrazos como si vinieran de lejos y no como si el auricular estuviera al lado del oído, ¿verdad? Una sensación extraña...) Pensé en volver a llamarla; de hecho volví a marcar el número, pero me puse a pensar qué iba a decirle. Para decirle una grosería, mejor quedarme callado, ¿verdad? ¿Qué podía decirle? Como no se me ocurrió nada, preferí colgar antes de terminar de marcar. Y así he andado hoy, todo el día con esa vara en la cabeza.

Para peor de males llego aquí y me encuentro con que el bichito este va de mal en peor. Ya me confirmaron que la herida se le infeccionó. ¡Claro! ¡Quién sabe con qué lata herrumbrosa se hizo su *hara-kiri*. Idiay, sí, ¿verdad? Seguro agarró cualquier lata vieja que encontró por ahí y ¡tas! Cuando uno hace eso no está pensando en la infección, ¿verdad? uno lo que quiere es brincar-se la tapia y mandarse de una vez al otro lado...

Cuando llegué a la Comisaría y vi el rol que tenía asignado me cayó un balde de agua fría. No sé por qué les dio por mandarme a la Avenida Central junto con un compañero. Era una cosa de rutina, nada especial. Simplemente ir ahí a hacer el tonto, caminando de un lado a otro. ¡N'hombre! A como pude hablé con el Capi. Al principio no sabía qué decirle, porque si uno muestra demasiadas ganas de venir aquí, más bien despierta sospechas y ni a putas lo vuelven a mandar. Entonces el asunto era encontrarle la vuelta, ¿verdad? Y por dicha se me encendió el bombillo y le dije que el fin de semana, jugando bola con Heiner, me jodí la rodilla y que no andaba bien... Y por ese lado me le fui: que por favor, que la cosa no era grave, que yo calculaba que en unos cuantos días iba a estar "de a tiro", pero que mientras tanto, le rogaba que no me enviara a la calle. Ya cuando estaba ahí no me quedaba más remedio que lanzarme: ...Y que si por favor, mientras me terminaba de recuperar, me hacía

el grandísimo favor de mandarme al hospital para cuidar al muchacho que trató de matarse, porque ese era una posta tranquila y no había que moverse, que el asunto no era para incapacidad pero que le agradecería mucho. Y bueno... La verdad es que tengo una buena hoja de servicios. Nunca he dado de qué hablar ni hay quejas contra mí. El Capi se quedó pensándolo; yo vi que no estaba convencido, pero después de un rato me dijo que diay, que ni modo, que iba a hacer una excepción conmigo, porque eso de pedir una posta era prohibido y que más bien podía meterlo a él un problemón. Yo le rejuré que no había nada raro en mi pedido, que si quería mandara una supervisión para que viera que estaba todo en orden... Y bueno, así me lo rodé. Lo cierto es que por poquito me mandan a otro lado... ¿Se imaginan? ¿Cómo podría andar yo en la Avenida Central? ¡Nada que ver!

Ahora, por favor, me disculpan un ratito, voy a ver cómo sigue el paciente...

El CABO LÓPEZ abre la puerta y asoma la cabeza hacia el interior. Luego se voltea hacia los espectadores, hace un gesto de: "Me disculpan, luego nos vemos" y desaparece tras la puerta, que se cierra tras él.

Apagón.

Escena 5

Mismo decorado. El escenario vacío. La puerta del cuarto está cerrada. La intensa iluminación sugiere que es de día. Se abre la puerta del cuarto y emerge el CABO LÓPEZ con vestido de paisano. No hace uso de la silla que permanece en el mismo sitio. El CABO se pasea nerviosamente por el escenario, haciendo gestos de llamar a alguien, antes de dirigirse al público.

EL CABO LÓPEZ

Me vine un poco más temprano para ver si encontraba algún doctor que me diera razón del muchacho, pero todo el mundo se quita y nadie

sabe nada. ¡Hasta las enfermeras se esquinan y me dicen que estoy un poco majadero! Pero yo no creo que sea majadería querer saber del estado de un paciente, ¿verdad? Sobre todo si es un muchachillo y no tiene parientes que lo visiten, ¿verdad? Debe ser jodido pasar solo en ese cuarto todo el día. Aunque uno esté atontado por la calentura y se despierte solo a ratos, debe ser horrible que no haya nadie para conversar, nadie que pregunte por uno, ¿verdad?... No es que yo sea muy, como quien dice, buenísimo, ni alguien especial, pero cuando uno se pone a ver que el chamaco tiene apenas veintiún años, como que le entra algo, ¿verdad?, y se pregunta dónde estarán los tatas y los hermanos, y por qué nadie viene a visitarlo...

En estos días le estuve preguntando por la mama y ahí, en un ratito que se medio despertó, me contó que la señora vive en Limón, pero no me dijo el nombre porque no quiere que le avisen para que ella no sepa que está caneando. Traté de convencerlo, de hacerle ver que sería bueno que la señora supiera al menos que está en el hospital, pero el chamaco me dijo que jamás, que por nada del mundo quisiera darle esa tristeza a la doñita. Idiay, tiene razón. Lo entiendo. Porque no hay nada más sagrado que la roquita de uno, ¿verdad?, y nadie quisiera darle una tristeza así. Lo entiendo.

Uno de los días más tristes de mi vida fue cuando murió mi mama. ¡Eso sí es triste! No se lo desea uno a nadie, ¿verdad? Por eso uno entiende al chamaco... Idiay, sí: mejor que la roquita no sepa por lo que está pasando para no darle una tristeza así. También le pregunté por los hermanos pero me dijo que no sabía nada y que están regados por todos lados. Además solo dos llevan el mismo apellido que él; los demás son hijos de otros hombres. Por su tata ni quise preguntarle porque ya me había dicho que los dejó botados desde chiquillos... Así es que ahí no hay nada que hacer.

Se pone uno a ver a ese chamaco y no puede creer la edad que tiene. Está todo amarillo,

flaquísimo, parece un viejito. ¡Manda güevo, verdad! Según me dijo una enfermera por allá, es difícil que se salve. Parece que la infección se ha extendido. Aunque le tienen puestos no sé cuántos antibióticos y tratamientos, no hay forma de pararla. Hay partes del cuerpo que ya hieden un poco. Él no se da mucha cuenta porque está como "grogui", pero uno que viene de afuera al momentico lo siente... ¡Pobrecillo! ¿Verdad?

Al final de cuentas uno ya no sabe bien ni qué pensar. No se trata de que la culpa es de todos y que nadie es responsable de nada, como dice alguna gente por ahí. ¡Qué va! Como decía mi mama: que cada palo aguante su vela, ¿verdad? Pero ahí está el asunto, ahí está el asunto... ¿Dónde empieza y dónde termina la vela de cada uno de nosotros? Porque si hablamos de velas, hablamos de barcos, y la verdad es que todos estamos metidos en el mismo barco. O nos hundimos o nos salvamos todos juntos, ¿verdad? Lo digo yo que alguna vez quise embarcarme para conocer otros países y solo me he subido a las lanchillas de remos de Ojo de Agua. Las cosas que uno hace afectan a los otros, pero las que dejamos de hacer, también... ¿O no? Porque las cosas siempre se nos devuelven, ¿verdad? Aunque queramos meternos dentro de un huequito, las cosas siempre se nos devuelven y nos encuentran. Por más que uno se encierre en fortificaciones o ponga guardias por todas partes. Pero eso de nada sirve si somos nosotros, nosotros mismos los que andamos jodidos, ¿o no?

Hay quien dicen que la vida nos hace pagar con lo más querido. No sé si es cierto. Eso sería como decir que Dios es malo, ¿verdad? O que Dios es vengativo... ¡Y eso jamás!

Pero sí: se llama Francisco, como mi hijo mayor...

Apagón rápido.

Fin